

UN DÍA EN...

APROME

Un día en el Punto de Encuentro Familiar de Valladolid

Por Franca Velasco



Hemos quedado con Marisa Sacristán y su equipo a primera hora de la mañana, antes de que comience su jornada, una jornada cualquiera que, sin embargo, será única, puesto que en el Punto de Encuentro Familiar, cada día es irrepetible; una experiencia que los especialistas de este proyecto, sin querer y sin poder evitarlo, confiesan que trasladan a diario, de alguna forma, a sus planos personales. *“Cada fin de semana hay una pena en nuestra alma”*, dicen con sonrisa triste y mirada infinita.

Sus vidas, muy lejos y muy cerca de las personas a las que ayudan, con las que, de una

u otra manera, conviven eventualmente, no pueden ser ajenas a la labor que desempeñan en estos pequeños oasis de conciliación en mitad de la ciudad, aunque transparentes para la mayoría de las miradas.

Los centros de Aprove nacieron hace mucho tiempo, en torno a quince años, de la firme idea de Marisa de que *“había que hacer algo”*. Comenzaron su andadura con muchos apuros y paso titubeante, tanto como el de muchos de los bebés que van viendo crecer; pero, sin embargo, han hecho un larguísimo y fructífero camino, sin apenas darse cuenta, durante el que han

pasado por sus instalaciones en torno a dos mil niños.

Mirando atrás, Marisa y sus colaboradores —sus entusiastas ojos no pueden ocultarlo— sienten la satisfacción de haber consolidado un proyecto que se ha hecho realidad y se ha ido extendiendo como la espuma.

Mantienen la ilusión con cada nuevo reto, el que supone una nueva familia, un nuevo “caso” que resolver. El paso de los años no ha conseguido extinguir el brillo de sus miradas, y ni siquiera los malos ratos —que también se viven— aplacan sus ganas.



Parte del equipo de Aprome en Valladolid.

Una casa de colores

Marisa nos cita en el nuevo punto de encuentro que lleva tan un año abierto, en la calle Perú, una coqueta y acogedora vivienda, que podría ser la de una unidad familiar cualquiera, en la que no falta un detalle: cocina, baños para pequeños y grandes, despacho, salón, y por supuesto, los cuartos de los niños, en los que únicamente destaca la ausencia de camas.

La imprescindible privacidad que ha de presidir necesariamente los encuentros

familiares, las visitas, las esperas y las entradas y salidas de quienes acuden al centro, nos impedirá permanecer en él durante el transcurso del día, de modo que, antes de sentarnos a charlar y conocer de cerca qué hacen, cómo trabajan y qué les preocupa, recorreremos las estancias, una a una, intentando imaginar en cada una de ellas las escenas que presencian sus paredes.

En los cuartos destinados a las visitas, donde los niños son protagonistas, los elementos predominantes son los juguetes,

los colores vivos, la calidez que preside el ambiente, la sensación de que se está en casa, de que el futbolín es algo que un padre y un hijo pueden convertir en algo común entre manos durante un largo rato, de que se puede dibujar, y colgar los dibujos en el corcho como si fuera el de tu habitación, de que el amoroso osito azul está deseando ser abrazado.

“No son gran cosa, pero los juguetes ayudan”, nos dicen, “a veces, padres e hijos se limitan a ver la televisión, y así pasan el rato, pero están a gusto juntos, y comparten eso, que es de lo que se trata”.

A veces, la madre rechaza el juguete que el padre le ha traído al niño, y sólo permite que el pequeño se lo quede si le dicen que “es de la casa”. Escuchando historias similares resulta inevitable preguntarse sobre la complejidad del interior de cada ser humano, y sobre por qué y cómo, en muchas ocasiones, años de incomunicación han terminado en absoluto silencio.

En la cocina, un detallista desayuno nos da la bienvenida. También allí hay historias que contar: Abuelos que preparan a su nieta su comida favorita, para que la comparta con su padre, largos cafés en soledad, y las reflexiones, que, sin duda, se hacen, unos a otros, los trabajadores de Aprome en sus momentos de descanso.

Da la sensación de que las estancias guardan, en algún rincón, miles de palabras que han escuchado, risas y sollozos, gestos que han observado de reojo, miradas tímidas, asustadas incluso, o finalmente felices.

El día a día de la semana

Paula, Gema, Marga y Elena trabajan en el piso de la calle Dos de Mayo, donde en total son 7 en el equipo, mientras Celso y María José, son casi la mitad del grupo de 5 que está al frente de la casa de la calle Perú, donde nos encontramos.

La semana empieza siempre con reunión de equipo. Todos se sientan en torno a la mesa en la que nos han invitado a charlar, y ponen en común lo sucedido durante la semana, valorando conjuntamente la información que es necesario trasladar a las respectivas administraciones, según sean la naturaleza de los hechos, bien a la dirección





General de Familia, a la Sección de Protección a la Infancia, al Juzgado o a la Fiscalía si se aprecia riesgo para algún menor. El lunes es el único día en el que se sientan todos juntos, coinciden los integrantes de los dos turnos de cada uno de los centros, que van haciendo relevos, y se pasan el testigo. La reunión dura toda la mañana. Se escriben los informes, se habla con otros profesionales que tienen relación con los casos, como los propios abogados de las familias, y se comunica al juzgado, o se habla con los letrados sobre los incidentes que se hayan producido en las visitas o situaciones que son necesarias tener en cuenta para una buena evolución de la relación de los niños con su papá o mamá.

“Llamamos incidente sólo a lo que es relevante”, explican, “si algo es puramente objetivo, que no es importante dar parte con urgencia, se comunica a las partes el informe de asistencia o inasistencia, y ellos deciden si actúan o no; se trata de casos de retrasos o en caso de que alguna de las partes no acuda a la cita, pero lo normal es que lo justifiquen, sólo informamos al juzgado cuando se trata de un comportamiento habitual, porque eso supone que no se está cumpliendo lo acordado por el juez”.

Lo normal es que cada semana haya dos nuevos “casos” cuyo trámite es preciso iniciar. Lo primero que se hace es contactar con las partes y fijar una entrevista de inicio con el padre y la madre por separado, así como con los niños, para que conozcan el lugar.

Está sucediendo muy a menudo que la realidad supere a la planificación, y apenas hay

tiempo para reaccionar. Esto ocurre cuando llega un auto el jueves o viernes, con fecha de inicio para el sábado. *“Apenas hay tiempo para planearlo”, dicen. “En la entrevista de inicio”, explican, “vemos lo que les motiva realmente, por qué han llegado aquí, porque la sentencia dice lo que dice, pero cada uno dentro tiene su dolor, que es importantísimo conocer, si no lo hiciéramos sería como si fuéramos a operar a alguien sin hacerle previamente análisis y conocer su estado”. “A veces vienen con expectativas, y otras, con miedos, si hay orden de protección, hay que explicarles el protocolo en el que se establece que siempre llegará primero la persona sobre la que pesa la orden de alejamiento y la necesidad de esperar 15 minutos para salir del centro, para que se haya alejado la persona que tiene la protección, y si no hay orden de protección, siempre deberá llegar primero el progenitor que no está con el niño”.*

Pero la función de Aprome es mucho más que regular los tiempos o vigilar los intercambios. *“Se trata de que aprendan a relacionarse después de un conflicto, y que confíen en nosotros para que les ayudemos a hacer ese trabajo”.*

El trabajo matinal suele ser administrativo. Las visitas se realizan habitualmente durante las tardes de los días de diario, pero los centros de Aprome abren, además, los fines de semana, mañana y tarde, puesto que sábados y domingos son días en los que muchos progenitores tienen señalados los encuentros, y tiempo libre para realizarlos.

Las visitas, de dos horas como máximo, se organizan en función de los horarios de las

familias, y son también muy numerosas los miércoles y viernes, *“aunque no todas se realizan aquí”, afirman, “en ocasiones recogen al niño en el colegio y aquí sólo lo devuelven”.*

Los trabajadores de los Puntos de Encuentro se coordinan en turnos para afrontar el intenso trabajo de toda la semana. Los viernes por la mañana son *“el maratón”*. Normalmente surgen asuntos nuevos que no da tiempo a preparar, se actúa contrarreloj, o se reciben llamadas de padres que avisan que no pueden venir porque el niño está enfermo. En esos casos, se les pide un informe médico para justificar judicialmente el incumplimiento y para conocimiento del otro progenitor. Por la tarde, los intercambios pueden llegar a cuarenta, y al estar normalmente tres personas, *“necesitamos escalonar los horarios”,* concluyen.

En ocasiones sólo reciben e introducen la visita, en otras ocasiones, la supervisan. *“Incluso, a veces, aunque la sentencia no lo dice, nos quedamos dentro con ellos, porque algunos padres e hijos necesitan apoyo, aunque sea sólo el de jugar con ellos a las cartas o, en ocasiones, hacerte invisible”.*

Trabajar con sentimientos

“El abandono es algo que no se cura nunca”, dice Marisa. “La madre asimila el abandono de ella al de su hijo, eso no se puede disociar, es una cuestión de mucho tiempo”.

Los profesionales de Aprome trabajan con sentimientos. *“Hay mucha inmadurez: la responsabilidad que implica ser padre hay muchos padres que no la asumen, y uno de nuestros objetivos es devolverles esa responsabilidad, que ellos asuman las decisiones sobre sus hijos, porque hay quien, por encima de todo, entiende sólo que tiene que obedecer”.*

Otras veces, es el niño el que rechaza al padre, *“porque siente que le debe eso a su madre, a quien, de otra forma traicionaría, porque ese hombre es el peor enemigo de mamá”,* y de este modo, se encuentra atrapado en el conflicto de los adultos. *“El problema es que eso, el niño lo aprende, y lo aprende para toda la vida”.*

La labor previa y hablar mucho, que la madre cuente lo que sucede, y les mantenga informados, que confíe en ellos, facilita mucho el trabajo. Una psiquiatra les ayuda a no llevarse todo a casa, pero aún así, co-



mentan, *“hay situaciones que se nos han quedado metidas en el alma y no salen”*.

Junto a ello, está la obligación de garantizar la seguridad. *“Incluso ir al baño en una visita supervisada obliga a tenerlo todo bajo control”*. Ello no implica que haya que ser garante del estado físico del pequeño. *“Hay padres que se empeñan en que revisemos el estado físico del niño, pero nosotros no somos médicos, de modo que, si hay algún problema, pedimos que el niño sea llevado a algún centro de urgencias”*.

Existen intervenciones muy complejas; niños sometidos a partes de urgencias constantes en los que no observa nada. *“Afortunadamente, somos un equipo, muchos ojos, y todos ven lo mismo”*.

“Para nosotros es importantísima la vocación, que ellos vean nuestra voluntad de entrega, y a veces hay situaciones tan íntimas, que da pudor asistir a ellas, ver un llanto, o el primer abrazo de un padre a su bebé”.

La evolución

Aprome tiene vocación de temporalidad. La meta es devolver las relaciones que se crean entre sus paredes al mundo exterior. Normalizar las vidas descompuestas de quienes necesitan un apoyo para interactuar; restaurar los sentimientos, estabilizar y limar rencores.

“En casos de padres con habilidades, que saben y pueden cuidar a sus niños, la evolución es muy rápida; hemos tenido casos de tres meses, y otros, por el contrario, que duran años, pero está claro que no pueden seguir toda su vida viéndose aquí”.

“El miedo es libre”, insiste Marisa. En ocasiones el comportamiento de uno de los progenitores denota una gran inseguridad sobre el trato que el otro progenitor pueda dar a los niños, pero el comportamiento del otro progenitor durante la intervención es adecuado con sus hijos, de modo que los profesionales de Aprome deben informar de lo que observan objetivamente.

Esta situación puede desencadenar que el progenitor desconfíe de la tarea de estos profesionales, se considere tratado injustamente, mantenga comportamientos de duda y no sea colaborador; e incluso incumpla las normas, generándose una situación que no beneficia al niño.

En este momento es muy importante la coordinación con los abogados y la información que ellos aporten a su cliente sobre el trabajo que se hace en Aprome, porque solo en un clima de confianza se puede proteger a los menores; *“nuestra función”*, insisten, *“es garantizar que la rela-*

ción con ambos progenitores se produzca en beneficio de los hijos”.

También se dan casos de progenitores magníficos, pero víctimas de adicciones. Nadie puede dejar a ese padre o madre fuera del programa. Es necesario que se acredite un proceso de rehabilitación, *“mientras tanto no nos atrevemos a mover ficha, y eso puede ser un proceso larguísimo”*.

Por el contrario, en otras ocasiones, los profesionales de Aprome son los primeros en ver el conflicto, *“porque tratamos a los dos, y vemos que el riesgo de maltrato es inminente si los progenitores se encuentran, e incluso, con algunos padres nos vemos obligados a pedir policía, porque vemos que no podemos controlarlos y tememos por nuestra propia seguridad”*.

“Los abogados nos resultáis muy útiles”, señalan, *“porque realizáis un papel muy importante: el conseguir que los padres confíen en nosotros, y ayudamos a entender sus miedos, que a veces nosotros no comprendemos igual”*.

“En casos que no se acaban nunca, fuera de sí, —que no representan ni cuarenta de 2.200, pero son los que todos tenemos en la cabeza—, a lo mejor deberíamos estar más cerca, organizar reuniones, vosotros, los abogados, y nosotros, porque al final estamos todos sufriendo muchísimo, y perjudicando a los niños, con tanto dolor”.

Dejamos al equipo reunido en torno a su café y su mesa ovalada, porque es lunes, y tienen que contarse lo sucedido el fin de semana. Es lunes, y comienzan otros siete días de trabajo en un pequeño rincón para la concordia.

